

Sesión de apertura de las Jornadas sobre Historia y Psicoanálisis

José Pedro Barrán

No puedo hablar desde el análisis teórico, ni de mi disciplina, ni de la otra, naturalmente, sino más bien desde el oficio, desde lo que un psicoanalista llamaría la “clínica” y desde lo que un historiador llamaría simplemente la investigación. Desde allí trataré de buscar dos puntos de contacto entre la Historia, como historia escrita, y el psicoanálisis.

El historiador busca documentos, testimonios y huellas; el psicoanalista se enfrenta a un relato, a un cuento del paciente, que también “testimonia”.

¿A qué aluden documentos y relatos? Los historiadores cuando leemos un documento generalmente creemos que alude, aunque sea tangencialmente, a lo real. Probablemente los psicoanalistas subrayarían más que nosotros –todo depende de lo que se busca– el término tangencial.

Pero también sabemos (los psicoanalistas probablemente lo sepan desde antes que nosotros, pero nosotros lo vamos aprendiendo y rápidamente) que los testimonios aluden también a lo que no se quiere decir; que el lenguaje escrito y hablado, a menudo cumple la misión no de informar sino de ocultar. Por lo que historiadores y psicoanalistas deben leer “silencios”, esos susurros gritados del ocultamiento.

Si la pompa fúnebre italiana del carro mortuorio nos permite distraernos con su belleza barroca y olvidarnos así de la podredumbre de la muerte, muy probablemente en su origen esa pompa sea una negación. Si en el discurso médico del siglo XIX no se dice absolutamente nada de la frigidez femenina –sí de la esterilidad– y si se menciona obsesivamente a la impotencia masculina, tal vez no se aluda tanto a lo real como a que un hecho era insignificante para esa cultura patriarcal y el otro, en cambio, importaba y mucho, pues ponía sobre el tapete el problema del poder en la pareja y la sociedad.

En tercer lugar, el documento histórico y el relato del paciente –más obviamente éste– informan sobre su autor y no solo sobre la posible realidad de sus “historias”. La médica socialista Paulina Luisi en 1921, al describir los conventillos de Montevideo, sostiene que padres e hijos vivían en una sola habitación, en “promiscuidad repugnante”, por lo que las “criaturas” no podían conservar “el pudor y el recato del alma” al estar obligadas a contemplar “las groserías y torpezas de la vida”. De este modo, a la par que describe una realidad, se describe *a* sí misma y a sus valores puritanos.

En cuarto lugar, los documentos y los relatos de los pacientes, muy probablemente no solo aluden a la realidad, a su silenciamiento y a quién los produjo, sino que también me aluden a mí como investigador y al analista como intérprete. La interpretación que como investigador realizo de los mismos, me descubre, me revela a mí como persona y como integrante de una cultura específica. Creo que eso pasa en el campo de la historia (hay una rama de ella que, precisamente, estudia los contextos históricos del historiador) y sospecho que también ocurre en el psicoanálisis. La interpretación los alude a ustedes, los desnuda, los muestra como personas y como integrantes de una cultura y un corpus

específico; en verdad, toda interpretación revela a esa parte de la subjetividad y de la cultura colectiva que nos informa, por la que hemos optado y que se halla en todo conocimiento científico, aún en el proveniente de ciencias más “duras” y aparentemente alejadas de la subjetividad. En realidad, no puedo lograr un conocimiento científico del otro sin inmiscuirme. Este hecho probablemente tenga el inconveniente obvio de confundir lo personal con lo real, pero también la pertinencia de revelarme a mí y a mi cultura, de permitirme desmontar su construcción, al intentar el desciframiento del otro. La antropología ha trabajado desde hace años con este dilema.

El segundo punto de contacto a que aludí entre las dos disciplinas precisamente se refiere al peso de la interpretación, de la carga cultural y del “reconocimiento” en la observación científica practicada por nuestros dos saberes.

La experiencia solo es una parte ínfima en toda observación, el grueso de ella proviene de nuestra cultura, a menudo una prisión conceptual, y de nuestra necesidad de comprender lo nuevo dentro de las formas y las estructuras de lo conocido. No es por casualidad que los primeros vagones de ferrocarril se parecían a las diligencias, pues sus inventores no pudieron imaginar de inmediato que a la nueva técnica debía corresponder una nueva forma. No es por casualidad que al enfrentarnos a la historia del homosexual buscamos a la madre dominante. Y así pensamos no tanto por lo que sugiere la observación de la realidad concreta como por el peso de la interpretación clásica.

El antropólogo Franz Boas lo había dicho ya: “se ve siempre con los ojos de la tradición”; y antes que él, Carlos Marx denunciaba con objetivos políticos esta esclavitud del pensamiento al sostener que el peso de las generaciones muertas oprimía como una pesadilla el cerebro de los vivos.

Ahora bien, estas limitaciones (y virtudes) que puede tener el conocimiento de lo humano a través del hombre mismo, nos deben llevar –y es en lo que podemos coincidir también, creo– a la modestia más absoluta, a comprender que no hay verdades definitivas, certezas absolutas, al menos, que nosotros no podemos obtenerlas. Y sobre todo diría, que lo absolutamente clave para un intelectual, es comprender que su manera de ejercer la violencia es acallar las preguntas por creer que tiene todas las respuestas. Un intelectual violento es un intelectual seguro. Jamás se debe estar absolutamente seguro; la duda debe ser la paridora, no de certezas, sino de hipótesis que nos permitan comprender algunos de los elementos de la realidad. Eso sucede en el campo del conocimiento histórico y se me ocurre que debe suceder también en la psicología.

Acallar las preguntas, creer que no las hay más, es una violencia, no solo intelectual, es también el origen de todas las restantes violencias, porque la seguridad es la madre de la intolerancia y del error científico.